

## “LITORAL”, MÉJICO, 1944: UNA GUIRNALDA POÉTICA EN HONOR DE ENRIQUE DIEZ-CANEDO

EMILIO MIRÓ

Universidad Complutense de Madrid

Nacido en Badajoz el 7 de enero de 1879, el mismo año que el barcelonés Eduardo Marquina, Enrique Diez-Canedo murió en Cuernavaca (Méjico) el 6 de junio de 1944. Cuatro años antes había publicado el que sería su último poemario, el breve e intenso *El desterrado* (1940), séptimo de los suyos y doce años posterior al anterior, *Epigramas Americanos* (1928), que, muerto ya su autor, en 1945 vería nueva luz —la mexicana— en una edición ampliada, completa, preparada por su hijo Joaquín Diez-Canedo (Joaquín Mortiz). Esta importante publicación seguía la ordenación señalada por Diez-Canedo en sus manuscritos: tras los “Epigramas americanos” de la edición madrileña de 1928 figuran “Nuevos epigramas” (1931-1937), “Epigramas de Extremo Oriente” (1936) y, finalmente “Epigramas mexicanos” escritos —con la excepción del titulado “Valle de Méjico”, de 1931— entre 1939 y 1944. Edición muy hermosa y cuidada, enriquecida con dibujos y viñetas de Ricardo Martínez de Hoyos, se acabó de imprimir en Méjico, D.F., el 15 de febrero de 1945, cuando apenas se habían cumplido ocho meses del fallecimiento de E. Diez-Canedo.

Entre esta fecha luctuosa y la gozosa del libro reverdecido, fruto inmarcesible de devoción filial, la ya mexicana, en su tercera época, *Litoral*, había dedicado un número especial (agosto de 1944) “A la memoria de Enrique Diez-Canedo”. Reunidos por la derrota y el exilio, Emilio Prados y Manuel Altolaguirre, fundadores de la malagueña *Litoral* en noviembre de 1926, y sus directores siempre (hasta octubre de 1927 en su primera, y fundamental, época, y, acompañados por José María de Hinojosa en la segunda, con sus dos únicos números de mayo y junio de 1929), acababan de iniciar, en Méjico, D. F., la “Tercera época” con una dirección muy compartida y ampliada generacionalmente: junto a Prados y Altolaguirre, otros dos andaluces, José Moreno Villa y Juan Rejano, y el madrileño Francisco Giner de los Ríos, casado con María Luisa Diez-Canedo desde junio de 1939 (en Méjico), y para quien

su suegro fue “segundo padre, maestro y amigo” (Palabras de Francisco Giner en una “Nota autobiográfica” incluida en el libro-homenaje que le dedicó *Litoral* en su cuarta época: Torremolinos [Málaga], 1987).

Desdichadamente, la renacida vida mexicana de *Litoral* fue muy breve: solo tres números: el primero en julio de 1944, el segundo, y último, en septiembre del mismo año, y entre ambos, el extraordinario originado por la muerte del autor de *La visita del sol*.

Bajo el rótulo *Litoral*, en la cubierta de este número figura: “Al poeta Enrique Diez-Canedo”, y a continuación, en la portada, “A la memoria de Enrique Diez-Canedo”, y, debajo, “agosto, 1944 (Número especial)”.

Su contenido se abre con la presencia poética del propio homenajeado: “Los laureles reales de Cuernavaca / Seis epigramas”, con su autógrafo; estos poemas son cuartetos (dos) y serventesios (cuatro), unos en verso alejandrino (los dos primeros), y los cuatro siguientes en endecasílabo, con una excepción formalmente irregular: El epigrama 4 consta de dos endecasílabos, un alejandrino y un heptasílabo. Con estas seis composiciones finalizará “Epigramas mexicanos”, sección final de *Epigramas Americanos* en la citada edición aumentada de 1945.

A continuación de estos textos del homenajeado (ilustrados con el dibujo “Laureles y pájaros”, de Arturo Souto), comienzan, en verso y en prosa, los tributos de diecinueve escritores, españoles –en clara mayoría– y americanos –sobre todo, mexicanos.

Todos figuran en riguroso orden alfabético, con la única excepción de Benjamín Jarnés, que cierra la nómina, “por haber llegado a última hora” –como se indica en nota a pie de página en el “Índice”– su brevísima (cinco líneas) colaboración titulada “Las dos sabidurías” (para Jarnés, la “sabiduría de las letras” de Diez-Canedo y la “sabiduría de su trato”, la del escritor y la del hombre).

La prosa es mayoritaria en el volumen, y en ellas destacan los nombres de Max Aub (“Nuestro amigo”), Juan José Domenchina (“In Memoriam”), Juan Ramón Jiménez (“En la última pared de Enrique Diez-Canedo”), León Felipe (“Encuentro”), Paulino Masip (El soneto de “La voz”), José Moreno Villa (“El nombre hecho hombre”), Mariano Picón-Salas (“Recuerdo”) y Alfonso Reyes (“Ausencia y presencia del amigo”), entre otros. Seis son los homenajes en verso, y entre ellos se singularizan dos: uno, por ser el único no escrito en español, y el otro por estar firmado por la única mujer presente en el volumen.

Estos son los autores y sus respectivas composiciones: Manuel Altolaguirre (“Homenaje”, p. 8), Josep Carner (“Transit d’Enric Diez-Cane-

do", p. 11), Francisco Giner de los Ríos ("Estas aquí", pp. 18-19), Concha Méndez ("Sombras", p. 28), Emilio Prados ("Laurel", p. 33) y Juan Rejano ("Canción en tiempo de elegía", pp. 35-36). Subrayemos que los cinco directores de aquel mexicano *Litoral* colaboraron –como era de esperar– en el homenaje, y de esos cinco poetas, sólo uno, Moreno Villa, no lo hizo en verso, pero sí por partida doble: al citado texto en prosa ("El nombre hecho hombre", p. 29) le sigue (p. 30) la reproducción de "Enrique Diez-Canedo", retrato al óleo firmado y fechado en 1940.

"Homenaje" es una composición de trece versos (doce endecasílabos y –en undécima posición– un pentasílabo) que figura en "Otros poemas (1927-1959)", sección final de las "Poesías Completas" de Manuel Altolaguirre (ed. de Margarita Smerdou y Milagros Arizmendi, Madrid, Cátedra, 1982, pp. 368-369). El poeta malagueño destaca, en primer lugar, la sonrisa del homenajeado que se metaforiza en manantial poético, que fluye rodeado por el árbol –a la vez, corona, triunfo– de sus últimos poemas:

*entre una doble hilera de laureles; y esa fluencia verbal, lírica, configura una voz, que emerge de un rostro, que se transmuta, así mismo, en una sucesión metafórica, auténtica alegoría: (...) de un cerrado / y alto horizonte –óvalo entre frondas– / con doble sol, dos ángeles armados / con redondos escudos, sus pupilas / rostro distante pero engrandecido, que en el pentasílabo casi final es rostro sin nubes y alcanza su exaltación final, la victoria de la luz y la memoria, en los dos últimos versos del poema: limpio rostro, sin la menor mácula, del maestro y amigo que acababa de morir, donde la noche encenderá sus astros, / luces que nunca apagará el olvido.*

Cuarenta y nueve endecasílabos blancos constituyen el homenaje lírico de Francisco Giner de los Ríos titulado "Estás aquí".

Su autor –que poetizaría, también, los árboles emblemáticos de Diez-Canedo en *Los laureles de Oaxaca. Notas y poemas de un viaje* (Méjico, Tierra Nueva, 1948)– recogió este emocionado tributo de amor y admiración en la recopilación de su obra *Jornada hecha. Poesía: 1934-1952* (Méjico, Tezontle, 1953), con el nuevo epígrafe "A Enrique Diez-Canedo", y, catorce años más tarde, encontró su lugar definitivo en la sección "Cinco elegías" (la tercera, pp. 35-36) del libro *Elegías y poemas españoles* (Méjico, Finisterre, 1967), en donde recoge, funde y amplía los títulos anteriores, dejando, así, grabada la fecha exacta de su desaparición: "Estás aquí (Enrique Diez-Canedo, 6 de junio de 1944)", y añadiendo al final del poema el lugar y el día de su com-

posición, que no figuran ni en *Litoral* ni en *Jornada hecha*: “(Méjico 10 de junio de 1944)”.

Enlazando con los astros encendidos, las luces nunca apagadas del homenaje de Altolaguirre, Giner de los Ríos sustenta su epicedio en la luz constituyente e irradiadora, sustentadora y unificadora, de Diez-Canedo [... (..) *toda la luz que te encendía dentro*, es el segundo endecasílabo].

Desde esa iluminación esencial el poeta construye, con coherencia absoluta, la imagen de un hombre sencillo, cordial, cuyos atributos esenciales fueron la transparencia y la claridad, la limpidez y la serenidad, la gracia y la bondad, la nobleza y la ternura, la armonía. Alguna metáfora perfecta resume, sintetiza, este relato moral e intelectual, y siempre humanísimo: [...] *Y en el cristal de tu sosiego claro, / cuánto vilo interior, nervio escondido, / seguro de su afán, limpio y perfecto.*

Al final de la elegía, Giner de los Ríos subraya, así mismo, el rasgo físico, la cualidad humana y humanizadora con la que Altolaguirre iniciaba su “Homenaje” (*Una sonrisa bajo el cielo blanco*): [...] *tu dulce sombra viene con la noche, / y en su silencio tierno tu sonrisa / y tu gracia inefable me conmueven.*

“Sombras”, de Concha Méndez, es un romance de veinticuatro octosílabos que su autora incluyó, ese mismo año, en su libro *Poemas: Sombras y Sueños* (Méjico, Rueda, 1944); figura en sexto lugar (pp. 13-14), y bajo el título “Sombras” añade la dedicatoria “a Enrique Diez-Canedo”; además, sendos puntos suspensivos que aparecen en el texto de *Litoral* (*en debilísimas quejas...* –verso décimo– *y que a la inmensidad nos lleva...* –octosílabo final–) son sustituidos en el poemario por punto y aparte, y punto y final, respectivamente.

Sin mención ninguna del homenajeado, ni siquiera alusiones directas o indirectas, la composición de la autora de *Canciones de mar y tierra* es muestra destacadísima –desde su mismo epígrafe– de *Sombras y Sueños*, con su protagonismo absoluto de las primeras desde el verso inicial (*las sombras bajan, se esconden / por los troncos, por la yedra, / entre los altos ramajes; / otras por el suelo quedan / como fantasmas tendidos / bien pegados a la tierra...*), e inmediatamente, establece su vínculo con el sueño (*Las hay que llegan dormidas / y se las siente que sueñan...*); a partir del verso undécimo, en la más extensa parte final del romance, se adelanta el sujeto poético, hasta entonces implícito, y, una sombra más, su funde con todas las demás en esos jardines misteriosos, irreales (con ecos de las galerías machadianas), en un tiempo, asimismo, crepuscular: *en esta hora en que se ausenta / el día.*

Los octosílabos finales abren y elevan la experiencia onírica a dimensiones nuevas, desconocidas, inconmensurables, instalada en un espacio-tiempo metaforizado en rediviva barca de Caronte: [...] *En las aguas del estanque / donde el cielo se refleja / había otro cielo de agua / con misteriosas estrellas. / Me senté al borde. La noche / había tendido velas. / Me pareció como un barco / que a la inmensidad nos lleva...*

Aunque el ensueño sea aspiración de eternidad, la atmósfera de mortalidad parece flotar y envolver la aventura interior, el anhelo de otra orilla con plenitud de eternidad. No era por tanto, nada forzada la inclusión de estas "Sombras" en este número elegíaco y admirativo que ofrecían sus amigos a quien acababa de cruzar *la línea de sombra*.

El siguiente homenaje poético, "Laurel", de Emilio Prados (p. 33), figura en "Otros poemas, II (1939-1962)", sección final de sus *Poesías Completas* (t. II, p. 1.074, ed. de Carlos Blanco Aguinaga y Antonio Carreira, Méjico, Aguilar, 1976), en donde se añade la dedicatoria "A la memoria de Enrique Diez-Canedo", y en nota a pie de página, correspondiente al rótulo, se aclara: "Alude a 'Los laureles reales de Cuernavaca' seis epigramas de Diez-Canedo publicados con este título en el mismo número de *Litoral* (Méjico, agosto, 1944) que el poema de Prados (N. de los editores)".

La composición es una elegía hondamente meditativa en donde el dolor de la ausencia, la voz que se quedó sin aire del ausente, han puesto en su *lugar la estatua del laurel que tú cantaste, la sombra del laurel que tú viviste*, e, inmerso el sujeto poético en una pluralidad de fieles amigos, *juntos bajo el laurel que levantaste*: así ese árbol, tan mítico y tan del último Diez-Canedo concentra y simboliza su pérdida irremediable: *Por qué al pensar tu voz, memoria o viento / nos vas cambiando en hojas de la muerte, / laurel real*.

Este pentasílabo funciona como pie quebrado y estribillo final en los cuatro primeros fragmentos de "Laurel" (formados por tres versos), y se repite dos veces más en el final (seis versos) del poema, que ahonda y entenebrece la meditación con la contraposición de dos tragedias: destierro-España:

*Laurel real*  
*Mientras que tñ, ya tierra, en tu destierro*  
*un árbol dejas libre del olvido:*  
*laurel real,*  
*allá en España, un eco desolado*  
*crece junto a la mar, laurel de sangre.*

Estos versos de Emilio Prados dialogan con otros del mismo Diez-Canedo, los que finalizan su poema “El desterrado”, último del, ya citado, poemario de igual título:

[...]  
*Nadie podrá desterrarte;*  
*tierra fuiste, tierra fértil,*  
*y serás tierra, y más tierra*  
*cuando te encierren.*  
*No desterrado, enterrado*  
*serás tierra, polvo y germen.*

El siguiente y postrer tributo poético, “Canción en tiempo de elegía”, del cordobés de Puente Genil Juan Rejano (1903-1976), fue incluido por su autor en el “*Libro de los homenajes*” (Méjico, U.N.A.M., 1961), y, después de su muerte, en Juan Rejano / *La mirada del hombre. / Antología* (Madrid, Casa de Campo, 1978), edición que apenas fue distribuida, y Juan Rejano / *La mirada del hombre. Nueva suma poética (1943-1976)* (Barcelona, Anthropos, 1908), que reproduce el estudio preliminar de la edición de 1978: “La mirada de Juan Rejano”, de Aurora de Albornoz. En ambas ediciones el epígrafe del poema aparece modificado, amplificado (lo que no era necesario en el homenaje de *Litoral*): “En la muerte de Enrique Diez-Canedo (1944) / Canción en tiempo de elegía”; asimismo, se corrige en las dos una errata del texto publicado en la revista hispano-mexicana: *Me harás que ponga mi voz* (verso 22), versión errónea que es sustituida por la correcta – *Harás que ponga mi voz*.

Autor de muy escasa obra poética antes de su salida de España, el destierro elevaría su estatura de poeta, primero en París y, a continuación, y sobre todo, en Méjico. Sus dos primeros libros, *Fidelidad del sueño* y *El Genil de los olivos*, se publicaron en la capital mexicana en 1943 y 1944, respectivamente: cuando se extinguía la voz lírica de Diez-Canedo, se confirmaba la de Rejano.

Verso octosílabo, rima asonante o vocálica, coplas, predominan en “Canción en tiempo de elegía” (con la inserción de tres tercetos “heterodoxos”: *asonantados* los versos primero y tercero). Aurora de Albornoz señaló la preferencia de Rejano, junto con el soneto, por un tipo de poema breve, inspirado en la canción de corte popular andaluz, aunque no se ciña en forma estrecha a moldes dados”, y, también, a la abundante presencia de tributos poéticos a través de toda su obra, y concluía: “[...] *Libro de los homenajes* podría constituir una síntesis

de este afán de solidarizarse con amigos, escritores, o seres humanos a los que por algún motivo admira: pueden ser Miguel Hernández o Max Aub o Julián Grimau, o Simón Sánchez Montero, o muchos otros...” (“Poesía de la España peregrina: crónica incompleta”, en *El exilio español de 1939. IV Cultura y Literatura*, Madrid, Taurus, 1977, pp. 65-67).

En su “homenaje” a Enrique Diez-Canedo el epígrafe resume con exactitud su contenido: la elegía se hace canción, y no sólo por la forma. Canción que es cántico, afirmación de la vida, de la naturaleza, y, en contrapartida, derrota de la muerte. Desde la primera copla, Juan Rejano vivifica y enciende la sombra del ausente-presente, la inserta en su humanismo constituyente, en un optimismo existencial e histórico:

*Haré que pongan tu sombra  
donde el hombre, donde el día,  
donde despierta la rosa,  
donde el agua se ilumina.*

Y los tres tercetos van desgranando, con estructura paralela y variantes muy expresivas –sobre todo, en el tercer endecasílabo– la victoria sobre la consunción:

*(Tu sombra con tu acento: eternamente.  
Y sobre el lecho terrenal del llanto  
la efigie derrotada de la muerte.)*

El segundo:

*(Tu mano con tu nombre: limpiamente.  
Y bajo el muro vegetal del tiempo  
la efigie desolada de la muerte.)*

Y el tercero

*(Tu alma con tu risa: claramente.  
Y entre los velos del dolor, tronchados,  
la efigie fugitiva de la muerte.)*

Y volviendo al octosílabo, a la copla, termina esta “Canción en tiempo de elegía” con una promesa de vida renovada, de fecundación amorosa, más allá de la pena, a través de una metáfora que resume la irradiación cordial del maestro y amigo:

*Harás que ponga mi voz  
sobre la tierra, a la espera*

*de tu semilla de amor.  
Darás con mi llanto en tierra.*

Rejano —como Altolaguirre, Giner de los Ríos y Emilio Prados— expresaron líricamente su admiración por el hombre sabio y bueno, inteligente y generoso, en la misma actitud férvida de aquel “elogio” “a Don Francisco Giner de los Ríos” que Antonio Machado escribió y firmó en Baeza el 21 de febrero de 1915, y cuya síntesis puede ser el verso “lleva quien deja y vive el que ha vivido”, resumen de una vida, de un ejemplo ético: la del crítico, traductor, poeta, que acababa de morir en Méjico, como lo había sido el fundador de la Institución Libre de Enseñanza.

Juan Ramón Jiménez lo condensó y fijó, con su prosa cimera, en las líneas iniciales de —su ya citado— recordatorio y epicedio “En la última pared de Enrique Diez-Canedo”. “Hombres tan sucesivamente claros, de tan noble transparencia, de tanta lealtad a su cristalino ser, es bien difícil encontrarlos en nuestra vida. Por eso el apagamiento de este hombre ha sido para mí el apagarse de una luz serena, que uno creía, por derecho, inestinguible. Luz de igual alerta, año tras año; en la calma y en el viento”\*.

\* Mantenemos la personal ortografía de J. R. J.